

BACURÍN

El trayecto más sencillo para llegar a la pequeña localidad de San Miguel de Bacurín parte de la vieja carretera de Santiago, tomando el desvío hacia el municipio de Friol y luego siguiendo la carretera local LU-2901 en dirección a Palas de Rei, coincidente con el antiguo itinerario norte de la Vía Romana XIX y posterior Camino Primitivo de peregrinación a Santiago de Compostela. La distancia total es de 12 km.

Bacurín se encuentra emplazada al Suroeste del término municipal de Lugo. Tierra conocida por sus molinos y fuentes, está bañada por el río Mera, su afluente el Burgo y dos pequeños arroyos. El primer gran testimonio que prueba la presencia humana en esta localidad es el castro de Bacurín, un irrefutable alegato del antiguo asentamiento en el núcleo y que posee un perímetro de 150 m. Aunque no es el único en la zona, ya que en la comarca de Mera hay un total de quince castros contabilizados en un radio inferior a nueve kilómetros.

Las noticias documentales acerca de la parroquia de Bacurín son muy tempranas. En la primera referencia, del año 964, la señora Doña Jimena, fundadora del monasterio de San Xoán de Mera, actualmente parroquia de Seoane do Alto, le cede a la abadesa varias villas limítrofes, incluida "Bacorín".

Un documento de la segunda mitad del siglo XII registra las pausas o albergues que se debían al Merino del obispo de Lugo y a los prebendados de la Catedral, entre las que se cita *Sancto Michaelae de Bacorín, casal de Romano, pausa*, en referencia al lugar de hospedaje de la casa Román, situada próxima a la iglesia de Bacurín.

La siguiente noticia la recoge el testamento de la abadesa Doña Gontroda Rodríguez que data del año 1211. Antes de fallecer dejó por escrito sus voluntades, manifestando que quería ser sepultada en el cementerio de Santa María de Lugo y donar las numerosas propiedades que poseía, entre las que constaba el monasterio San Miguel de Bacurín.

Diez años más tarde, el primero de diciembre de 1221, Fernando García de Sarria permuta a favor de la iglesia de Lugo y a su obispo D. Ordoño, los derechos y posesiones de varias villas, entre ellas la de San Miguel de Bacurín, San Pedro de Mera y San Romao de Retorta, hoy parroquias contiguas.

La iglesia aparece de nuevo recogida en un documento con fecha del 6 de diciembre del año 1233, en la Colección Diplomática del monasterio de Santa María de Ferreira de Pallares. En ella los cónyuges Juan y María Rodríguez, *obedientes et filiglies* del cenobio, dejan al monasterio en herencia *sua voce Sancti Petri de Mera et Sancti Michaelis de Bacurim*.

Resta, por último, aludir a una cesión remunerativa con fecha 4 de julio de 1289, por la cual Doña Urraca Fernández, hermana de Alonso Iáñez, que había sido obispo de Lugo, cede al obispo electo Fernando Pérez diversos bienes, entre los cuales se cita *casali de S. Michaelae de Bacorin*.

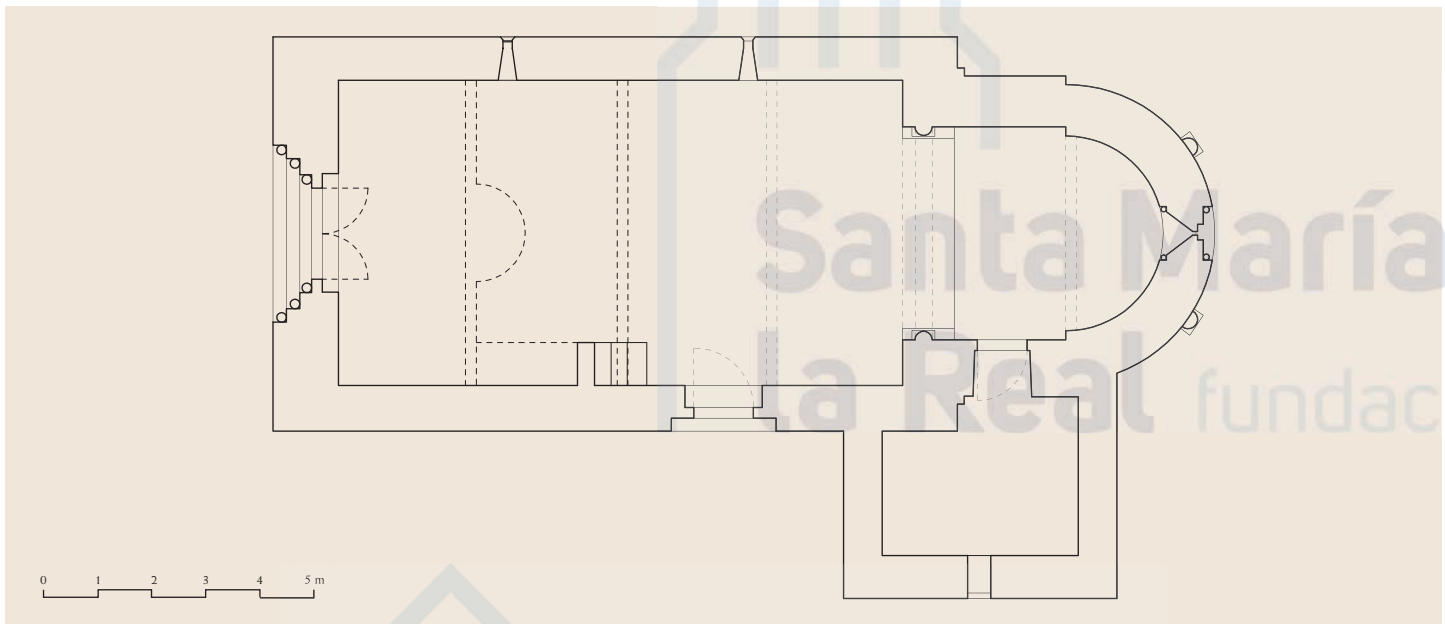
Iglesia de San Miguel

ALEJADA DEL CASERÍO y próxima al Camino Primitivo de Santiago, a su paso por la parroquia de Bacurín, se encuentra la célebre iglesia de San Miguel, la cual conserva íntegramente su fábrica románica. La planta consta de nave rectangular y ábside semicircular precedido de un tramo recto.

El exterior no ha sufrido modificación alguna digna de mención, excepto la construcción de una sacristía adosada al muro sur del presbiterio, lo que ha causado la irremediable pérdida de uno de los canchillos.

Toda la iglesia está construida con buen aparejo de sillares graníticos, de tamaño regular, perfectamente escuadrados y dispuestos en hiladas horizontales a soga y tizón.

Al exterior, el muro del ábside, asentado sobre un sencillo retallo, se divide en tres tramos separados por dos columnas entregas, de fustes lisos, compuestos por tambores cuya altura corresponde a la de las hiladas del muro. Los fustes descansan en basas áticas apoyadas, a su vez, en plintos paralelepípedos, uno liso y otro ajedrezado, los cuales poseen la misma altura que el rebanco del ábside y rematan bajo la cornisa en sendos



Planta

Alzado sur

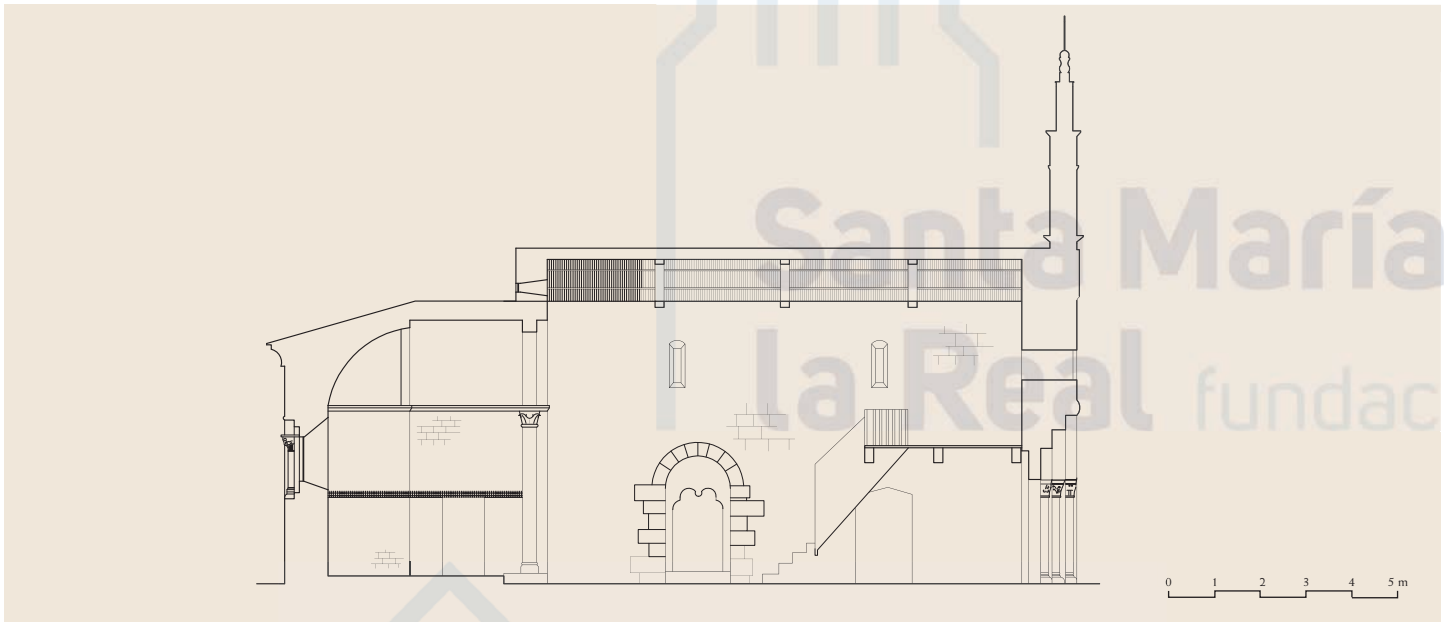


capiteles, de forma troncopiramidal, historiados con figuras humanas y animales.

El capitel sur del ábside presenta una maraña de seres humanos y animales, formados por cuerpos enteros y extremidades sueltas, muy imbricadas, que adoptan posiciones inverosímiles. Solamente se distingue con claridad una figurilla humana ubicada en el ángulo inferior izquierdo, la cual muestra el cuerpo encogido y la cabeza cubierta con una especie de capucha. Encima se halla otra figura que pone sus patas sobre aquella y otra a su izquierda, de aspecto híbrido, con cuerpo humano y cabeza de animal, arrodillada, y que carga sobre un cuerpo absolutamente irreconocible.

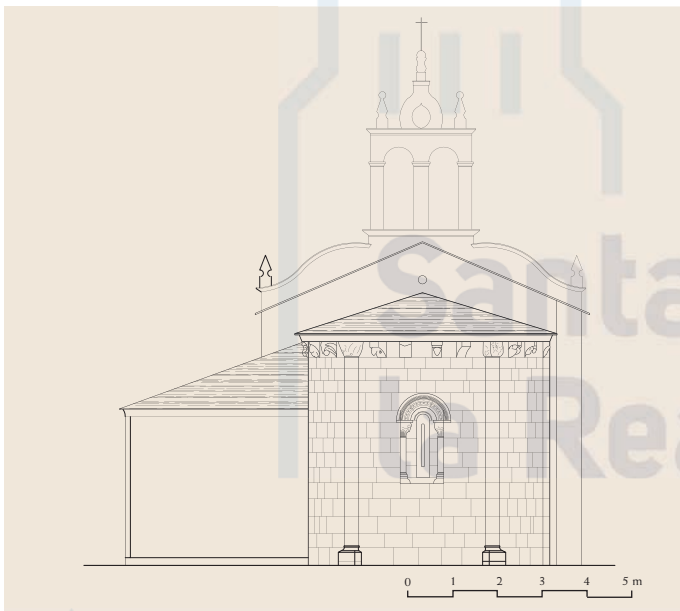
En el otro capitel aparecen dos aves afrontadas en los ángulos de la cesta, que apoyan las patas sobre el astrágalo, bajo un ábaco y dos caulículos fuertemente erosionados. Los laterales se decoran con una flor sobre un muñón central. Las dos aves son águilas que, en este contexto, evocan a la penitencia y la renovación tras el pecado.

En el tramo central del ábside se abre una ventana completa con arco de medio punto, trasdosada por una chamberana ajedrezada. La arquivolta está formada por una arista en bocel y media caña en el centro de la rosca, donde se colocan de trecho en trecho una serie de bolas de reducido tamaño. Se apea en dos columnas acodilladas, de fuste liso y monolítico,



Sección longitudinal

Alzado este



Alzado oeste



que se montan sobre sendas basas áticas. La basa norte posee una mayor amplitud en la escocia respecto al esquema general, mientras que la sur presenta un toro más de lo habitual.

Los capiteles de la ventana están decorados con motivos vegetales. La cesta se divide en dos hiladas, la inferior, de mayor altura, está compuesta por hojas muy alargadas, con rehundido central y finas nervaduras, que se materializan por medio de débiles incisiones que evocan los nervios. El remate de las hojas, centrales y angulares inferiores, se voltea originando una voluta de la que pende una pequeña bola. La hilada superior, de menor tamaño, presenta una voluta en los ángulos, muy erosionadas, y entre estas parece situarse una

flor sobre un muñón central. Sobre ella, el cimacio, de perfil en nacela, es liso y sin decoración.

En el centro, la luz de la ventana se estrecha con una sencilla plancha de granito rematada con un arquillo de medio punto, que se exorna con dos líneas superpuestas labradas en punta de diamante. No en vano, este motivo geométrico debe de limitarse a obras del románico tardío, por lo que es probable que su ejecución ya sea posterior a la fábrica primitiva.

La cornisa del ábside, de perfil en nacela, se apea en dieciséis canecillos esculpidos con motivos geométricos, zoomorfos y antropomorfos. Los canecillos geométricos son muy simples, dos tienen forma de proa: uno es liso y otro se enriquece



Vista del Ábside

con una voluta picuda, que cobija una bola de gran tamaño; los dos restantes están cortados en caveto: uno presenta la superficie lisa y el otro, en cambio, exhibe una serie de motivos seriados con finos tallos ordenados simétricamente.

Las figuras de aspecto animal están situadas en los canecillos del tramo este y sureste, además de hallarse en los dos capiteles que coronan sendas columnas entregas, que hemos tenido ocasión de comentar. Son tres carneros y un león, todos de factura tosca, seguramente ejecutados por escultores de segundo orden.

El primer carnero aparece colocado en posición frontal. El cuerpo es sumamente reducido y se insinúa únicamente a través de un tímido abultamiento que engola el espacio del canecillo. Su hocico es de gran tamaño y de su cabeza surgen dos cuernos largos enroscados en espiral. Muy similar a este es el carnero que hay ubicado en el tramo central del ábside. Pero existe un tercer cuadrúpedo, emplazado en el lado sureste, que, aun siguiendo en lo esencial a los otros dos, muestra el cuello de mayores dimensiones y sus cuernos son cortos y afilados, lo que le concede una apariencia más semejante a la figura del toro.

Desde luego, la figura animal más interesante, desde el punto de vista expresivo, se sitúa en el tramo suroeste. Se trata de un león, de aspecto feroz, que posee las fauces abiertas, los



Canecillos figurados del ábside

dientes afilados, las orejas picudas y la mirada amenazante. Su imagen, a menudo, se identifica con la boca de Leviatán. Sin embargo aquí advierte, por su ubicación, la cualidad de vigilancia que se le atribuye al león pasante, así como su condición protectora.

Concluida la descripción de las figuras zoomorfas, es necesario detenerse en los canecillos que representan figuras humanas y que aparecen repartidas en la zona del ábside y del presbiterio. La primera figura se halla en el tramo noroeste del ábside. Muestra a un hombre sin ropa y sentado, con las piernas flexionadas, mirando al frente y exhibiendo sin ningún pudor su falo. Las manos, ahora mutiladas, lo mismo que parte del antebrazo izquierdo, llegan hasta la altura de las rodillas; desde ahí, la mano izquierda podría estar tocando su órgano reproductor y la derecha acariciando su barbilla, en actitud pensativa, tal como hace la figura del onanista, si bien lo fragmentario de su estado no permite averiguar con exactitud su verdadera identidad.

A su lado se halla la figura de una mujer solitaria que, al igual que el resto, aparece en posición frontal y desnuda, en contacto visual con el espectador. El vientre lo tiene abultado, por lo que parece estar embarazada. La cabeza la tiene cubierta con un tocado, y tanto su rostro como su cuerpo está modelado de forma redondeada, sin detalle alguno. Las piernas

*Puerta meridional**Portada occidental*

las abre, mostrando sin pudor su sexo femenino, y da la sensación de que las manos las extiende para tocar los tobillos.

Más curiosa, si cabe, es la figura que se encuentra en el tramo central del ábside, un personaje desnudo y sentado, cuya cabeza evidencia rasgos animales mientras que su cuerpo es lo más parecido al de un ser humano. Adopta una postura un poco forzada, pues ladea la cabeza a la derecha y al mismo tiempo estira el cuello y mira hacia abajo, donde hay una pequeña criatura híbrida, de espaldas y recostada, que sostiene entre sus piernas. Esta figura humana, con aspecto animal, normalmente posee un sentido pecaminoso y sus actitudes impropias suelen representar la parte más corpórea del hombre.

Los dos siguientes canecillos están ocupados por sendas figuras femeninas y ambas tienen en común que están sentadas, en posición frontal. Además, sobre su regazo sostienen a un nonato, toda vez que los sujetan con las manos de la parte cercana al muslo. Hay que recordar que la disposición de las figuras humanas en los canecillos de iglesias románicas, por lo general, solían destinarse a personajes marginales y condenados. Esto hace muy difícil pensar que sendas imágenes tan semejantes, por cierto, puedan remitir a la iconografía de la Virgen con el Niño, a pesar de su gran parecido. La escena, casi repetida, debe interpretarse como parte del repertorio de

figuras obscenas que aparecen representadas en San Miguel de Bacurín y que simbolizan los pecados terrenales.

En el último canecillo, cerca del muro diafragma, la figura hallada es la de un acróbata, que realiza la torsión completa del tronco y ocupa todo el espacio del que dispone. Este personaje forma parte del mundo juglaresco y suele estar acompañado por otros profesionales, especialmente músicos; y sobre ellos caerá, también, la condena de la Iglesia.

En los muros de la nave se abren dos saeteras originales, abocinadas por lado, de igual tamaño y con la misma configuración interna, que iluminan el interior de la iglesia. Se rematan en la parte superior por medio de una línea de cornisa, de perfil en nacela, apoyada en canecillos en forma de caveto y lisos.

La portada meridional, resaltada de la línea del muro, consta de una sola arquivolta de medio punto que voltea sobre columnas acodilladas. Su arista inferior se moldura con un baquetón liso y la rosca se organiza con dos medias cañas y una baqueta intermedia. La chambrana se decora con un ajedrezado, análogo al que ciñe el arco de la ventana del ábside, y que también exorna la pared interior del hemiciclo y presbiterio. La arquivolta cobija un interesante tímpano monolítico, totalmente liso, sin motivo decorativo alguno, labrado en su espesor con dos arcos lobulados. Se apoya sobre dos jambas

que rematan en sendas mochetas en caveto, cuya arista se perfila con una baquetilla lisa.

Las dos columnas acodilladas poseen el fuste monolítico, uno, el del lado oeste, entorchado, mientras el frontero está decorado con aristas verticales, cóncavas y convexas, una de las cuales se embellece por medio de una sucesión de diminutas bolas. Las columnas se apoyan en basas áticas, cuyo toro inferior se adereza mediante un sogueado que es doble en la basa este, dispuestas sobre plintos cúbicos.

Los capiteles que coronan los fustes se exornan con motivos vegetales. El del lado este se define por su carácter puramente ornamental, organizándose en dos órdenes. El inferior está formado por hojas planas y anchas, adheridas al núcleo de la cesta, con el nervio cincelado, cuyo ápice se curva lo suficiente para que las puntas alcancen la suficiente notoriedad volumétrica para sobresalir del núcleo de la cesta, dejando a la vista el envés de la hoja. En el orden superior, las hojas centrales y angulares son más reducidas y terminan bajo el cimacio en una voluta sencilla que recoge una bola.

El capitel frontero, sin duda más complejo, presenta una talla cuidada y minuciosa. El espacio se organiza también en dos registros. La parte inferior la constituye una fila de hojas muy pegadas al núcleo de la cesta, con nervio axial rehundido, donde se colocan una serie de pequeñas bolas. El remate de las hojas se envuelve formando una voluta doblada, que centra toda la complejidad, a base de pequeños flecos, que recogen una bola de reducidas dimensiones. El registro superior, de menor tamaño, luce en el centro una flor sobre un muñón, alrededor del que discurre un tallo ondulado entre diversos elementos geométricos en bajorrelieve, muy erosionados. Sobre ellos, el cimacio, de perfil en nacela lisa, continúa en una imposta a lo largo del muro, sobrepasando ligeramente el límite del guardapolvo.

De las dos portadas del templo, la occidental exhibe una mayor monumentalidad. Está conformada por tres arquivoltas de medio punto protegidas con una chambrana semicircular en damero. Las tres arquivoltas se molduran prácticamente del mismo modo: las aristas con un grueso bocel y cada rosca con un baquetón liso entre dos medias cañas, las cuales apean con la mediación de una imposta en nacela sobre tres columnas acodilladas por lado, de fuste monolítico, salvo una de ellas que está compuesta por dos tambores, apoyadas en basas áticas que, a su vez, descansan sobre plintos cúbicos semienterrados.

La basa interior norte aparece decorada con un fino sogueado en su toro inferior y pequeñas bolas en su escocia. El plinto exterior meridional se labra con arquillos ciegos, de medio punto, y se dispone sobre una basa ática de tipo general con toro inferior aplanado que refuerza el valor ornamental del conjunto.

Los capiteles que coronan las columnas de la portada poseen el astrágalo liso y desbastan su bloque de forma cúbica en el que se adapta perfectamente la decoración vegetal. De los seis, el capitel sur interior es el único que se distribuye en

tres órdenes. El del lado norte exterior se compone de una sola fila de hojas. Mientras, los cuatro restantes repiten el mismo esquema que, salvo escasas modificaciones, está formado por dos hiladas muy bien definidas.

De igual modo bastará con analizarlos detenidamente para apreciar nuevas diferencias tanto en el estilo como en la composición formal. El capitel sur exterior muestra un tipo de hoja picuda, que va totalmente ceñida al bloque. La altura de las hojas inferiores es idéntica y su remate, al voltearse sobre sí mismo, crea una voluta que acoge una sencilla bola; sin embargo, vemos como en la hoja angular, del segundo orden, su autor intenta copiar el modelo ya descrito en el capitel oeste de la portada meridional. El capitel sur intermedio, en cambio, está formado por una fila de hojas muy planas, de escaso resalte, intercaladas a modo de cintas, unidas en sus extremos, que terminan en una sencilla voluta de la que cuelga una pequeña bola. En el segundo orden las hojas son menores y, por consiguiente, concluyen en una voluta de menor tamaño. La distribución del capitel sur interior, como se aprecia, es distinta con respecto a los dos que acabamos de ver, puesto que se organiza en tres órdenes. El primero de ellos se decora con una sucesión de hojitas planas, de perfil lobulado, con una acanaladura central muy leve. Las hojas intermedias muestran un tipo formal que, en la base y el limbo, carece de cualquier intento de concepción plástica y oportunidad volumétrica, de modo que el protagonismo recae exclusivamente en el final de la hoja, vuelta ligeramente en la punta. El registro superior se culmina con una fila de hojas, más pequeñas, intercaladas a distinto nivel, muy semejantes a las intermedias, fuertemente erosionadas.

El capitel norte, comenzando por el del exterior, se organiza con un orden de tres hojas nervadas, que ocupan toda la dimensión del bloque. La cara de las hojas laterales, con rehundido central, muestra dos diminutas bolas finalizadas en una voluta doble que recoge una bola. La hoja central es más ancha y elevada, cuyo extremo se curva originando una voluta enroscada por lado y entre estas se aloja una bola de gran tamaño. El registro superior parece que se cubre con tallos entrelazados o elementos geométricos, pero su mal estado de conservación no permite distinguir bien los detalles. En líneas generales, es muy similar al capitel oeste de la portada meridional. El capitel norte intermedio está constituido por tres grandes hojas de acanto, de perfil redondeado, con nervio axial, labrado muy tímidamente. El borde de sus hojas se voltea dando la impresión de que sostienen todo el peso, de cuyo remate en forma de voluta pende una bola. En el segundo nivel, las hojas se alternan con otras más pequeñas de iguales características y sobre ellas surge un muñón central acabado en una flor, parcialmente dañada. Por último, el capitel norte interior ofrece una mayor habilidad técnica y además posee un especial interés escultórico. Está formado por dos hiladas de hojas de acanto, de perfil redondeado, con rehundido central, que envuelven toda la cesta. Desde el astrágalo estriado nacen una serie de nervios curvos, en relieve, que se dirigen hacia los bordes, finamente lobulados, que ayudan a redimen-



*Capitel meridional
del arco triunfal*

sionar el espesor de las hojas. Los nervios están trabajados con la técnica del trépano proporcionándole un gran sentido ornamental.

Los cimacios, de perfil en nacela, permanecen lisos y prosiguen en imposta a lo largo del muro. En el hastial se levanta una espadaña barroca, de doble tronera, formada por tres cuerpos, con dos arcos de medio punto y coronada por tres pináculos.

El interior de San Miguel de Bacurín debe destacarse por su gran austeridad y por la severidad de sus líneas. Así, al traspasar el umbral de la puerta ya se percibe con total claridad su dimensión espacial.

La extensión de la nave se cubre con una techumbre de madera a dos aguas, la cual recibe la luz exteriormente a través de cuatro vanos, con derrame interno, en su interior rematados por un arco de medio punto. La iluminación de la iglesia, merced a las cuatro aspilleras, se ve reforzada por la apertura de un óculo, situado sobre la puerta principal, y por otro, de menores dimensiones, practicado en la parte alta del muro diafragma.

El acceso al presbiterio, desde la nave, se realiza por medio de un arco doblado, de apariencia carpanel, constituido por dovelas de sección prismática y arista viva. El arco mayor carga directamente sobre el muro mediante una imposta de perfil de nacela. El inferior está soportado por dos columnas

entregas, de fuste liso, que se apean sobre tambores que tienen la misma altura que las hiladas del muro y sobre sendas basas que adoptan el habitual esquema ático. Las basas se disponen sobre plintos paralelepípedos, y estos, a su vez, sobre un zócalo.

El capitel norte posee un astrágalo liso sobre el cual surge un orden de cinco hojas grandes, con débil rehundido central, perfiladas a bisel, cuya punta finaliza en una voluta deteriorada que recoge una piña. Estas hojas son muy esquemáticas, de trazos geométricos y sencillos, que bien merece su talla la consideración de torpe y ruda.

Por encima, el cimacio, tallado con hojas de ocho pétalos, en mal estado de conservación, se prolonga en una imposta de perfil de nacela lisa por el muro diafragma y el ábside. Bajo el cimacio se halla una tableta de escasos centímetros, que es muy habitual verla en los capiteles románicos de la Catedral de Lugo, sobre la que se desarrolla un esquema tipo, que está formado por volutas o caulículos, con una flor sobre el muñón central.

El capitel sur presenta un astrágalo sogueado desde el que nace un orden de cinco hojas nervadas, de perfil lobulado, con rehundido central, cuyo reborde se enmarca con un fino tallo que envuelve a las hojas y acaba por enrollarse en una compleja voluta de modo naturalista gracias a la depurada técnica de su anónimo autor. La hoja central está formada por

un nervio axial abierto, en el que luce tres pequeñas bolas. A ambos lados surge una hojita estilizada, compuesta por cinco lóbulos regulares de forma oblonga y en cuya parte superior se sitúan dos muñones. Las hojas angulares son más grandes y terminan en una voluta doblada que se enrosca en las dos caras, cuyo remate exhibe una bola.

El cimacio, de perfil de nacela, se decora en el frontal con una flor de ocho pétalos en relieve, dispuestas entre una serie de bolas que proporcionan un ritmo constante y regular; mientras que la hoja de los laterales queda provista de un botón, con rehundido central, flanqueada por una pequeña bola a cada lado.

El arco fajón, de medio punto, se apoya con la mediación de una imposta en nacela sobre el muro reforzando el cascarón del ábside, que se cierra con bóveda de cañón en el tramo recto y cuarto de naranja en el hemicycle. Por encima de la puerta, que da acceso a la sacristía, corre una imposta de ajedrezado, que decora toda la superficie mural del presbiterio y hemicycle. En el centro del ábside, el retablo barroco está presidido por la imagen de San Miguel, acompañado por la Inmaculada y el Sagrado Corazón.

La presencia del arco bilobulado nos induce a pensar que su realización posee una clara relación con la catedral lucense, así como la decoración del fuste del lado Este de la portada meridional, cuya ejecución debió estar al cargo de escultores que conocían muy bien las obras que se estaban llevando a cabo en el conjunto catedralicio, la cual consideramos que fue tomada como inagotable fuente de inspiración.

Por otro parte, la decoración de los fustes no fue una práctica generalizada en las iglesias románicas gallegas, excepto en obras de cronología avanzada —último cuarto del siglo XII y primeros años del XIII—. Esta circunstancia hace re-

plantarse el momento en que hicieron la aparición los fustes tallados en iglesias menores, cuyo punto de referencia inequívoco se remonta a su introducción en la Catedral de Santiago de Compostela durante la segunda campaña, vinculada a la actividad promovida por Diego Gelmírez.

Teniendo en cuenta el buen estado de conservación en el que se encuentra la iglesia y las afinidades estilísticas mencionadas con ambas fábricas catedralicias, convendría considerar por tanto que la construcción de la iglesia de San Miguel de Bacurín es obra de un taller local. Si bien hay ciertos rasgos estilísticos en los capiteles del arco triunfal y en ambas portadas que nos hacen pensar que ha existido una indudable colaboración con canteros procedentes de la Catedral de Lugo.

A tenor de lo visto hasta aquí, resulta evidente que la construcción de la iglesia de San Miguel de Bacurín debió de realizarse en una fecha avanzada del siglo XII.

Texto y fotos: IRS - Planos: YMG

Bibliografía

AA.VV., 1974, III, p. 37; AMOR MEILÁN, M., s.a.c. (1980), pp. 130-131; ARES VÁZQUEZ, N., 1971-1972, pp. 57-58; ARES VÁZQUEZ, N., 1977, p. 180; ARES VÁZQUEZ, N., 1993b, pp. 115-120; BANGO TORVISO, I. G., 1987, p. 74; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972, p. 46; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1980, p. 933; D' EMILIO, J., 1988, pp. 88-89; DELGADO GÓMEZ, J., 1996-2006, II, pp. 91-108; GONZÁLEZ VIGO, M., 1996, pp. 120-121; MONTEIRA ARIAS, I. *et alii*, 2009, pp. 121-123; PITA ANDRADE, J. M., 1963, pp. 39-41; RICO CAMPS, D., 2010, pp. 119-133; VALIÑA SAMPEDRO, E. *et alii*, 1975-1983, I, pp. 161-163; VALLE PÉREZ, J. C., 2006b, I, pp. 81-89; VÁZQUEZ SACO, F., 1946, pp. 168-170; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1983a, I, pp. 96-99, 109; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1988, pp. 79-80; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1995a, X, pp. 397-398.